



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

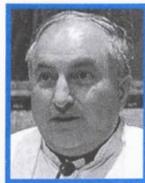
LECTURA COMPLEMENTARIA SESIÓN 13

CBX 107 ANTIGUO TESTAMENTO I

Nannini, Damián. “Panorama de la literatura bíblica que surge del exilio”. *Reseña Bíblica*, n. 99 (2018): 26-35.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

PANORAMA DE LA LITERATURA BÍBLICA QUE SURGE DEL EXILIO



————— Damián Dannini —————

Los estudios sobre el exilio realizados en los últimos años han mostrado que se trata de una época sumamente «creativa», en la que se situarán las principales opciones teológicas de la Biblia hebrea.

Por esa razón, el exilio es un tiempo privilegiado de recopilación, reelaboración y hasta edición definitiva de muchos textos del Antiguo Testamento. La necesidad de no perder la propia identidad en un mundo extraño y, a veces, hostil, provocó el recurso a la memoria colectiva, donde se encuentran los elementos esenciales de la identidad de un pueblo. Por esa razón, el destierro fue el tiempo de las reediciones: tradiciones del Pentateuco; profetas preexílicos... No solo eso, escritos proféticos de Jeremías, Ezequiel y el Deuterocanónico, constituyen el rico panorama literario de este interesante período.

INTRODUCCIÓN

Hace casi cincuenta años, A. Gelin decía que «el período del exilio, a pesar de su duración relativamente corta, cuando se le compara con el conjunto de la historia de Israel –unos sesenta años desde la primera deportación al edicto de Ciro, en una historia de unos dieciocho siglos–, fue una de las más ricas y más fecundas de la historia de la salvación».

Hace poco más de veinte años, Th. Römer escribía: «En esta situación de ruptura, el exilio resulta una época sumamente “creativa”, en la que se situarán las principales opciones teológicas de la Biblia hebrea. La crisis del exilio colocó a Israel frente a la opción de hallar maneras de definir su identidad».

Los estudios realizados durante estos últimos años han seguido en esta misma dirección, y los críticos nos remiten hoy, en su mayoría, al exilio como el tiempo de recopilación, reelaboración y hasta edición definitiva de muchos textos del Antiguo Testamento. De ahí nuestro intento de ofrecer una visión panorámica, no detallada, de la literatura que surge del exilio.

LAS MOTIVACIONES PARA ESCRIBIR DURANTE EL EXILIO

Es posible constatar hoy que una situación de exilio deviene un período de gran fecundidad literaria, hasta el punto de que ya es un lugar común hablar de «literatura del exilio». Y hay varias explicaciones para este fenómeno. Nosotros nos unimos a los que dicen que, al ser el destierro un tiempo de crisis, se produce en él una desesperada búsqueda de sentido. La mente del que tuvo que sufrir el exilio se balancea entre dos preguntas vitales: «¿por

qué nos pasó esto?», y, de aquí en adelante, «¿qué nos puede pasar?». Un presente trágico hace que la mente vuele alternativamente al pasado y al futuro.

Pues bien, si es verdad que con el exilio la religión de Israel se vio envuelta en su más seria crisis, también lo es que allí se puso la piedra fundamental para su más grande renovación.

El fin de las instituciones que sostenían esta religión y esta nación, como eran el templo y la monarquía, provocaron, después del entendible *shock* o parálisis propia de las grandes crisis, el nacimiento de nuevas corrientes de reflexión teológica. Su misión fue la búsqueda del sentido de la catástrofe vivida, tratando de dar respuesta a las cuestiones que esta planteó a la fe israelita. En breve, se trató de responder a las preguntas lógicas ante cualquier desgracia, que en nuestro caso concreto se pueden formular así:

- En cuanto al pasado: ¿Por qué Dios permitió o causó la caída de Jerusalén y la deportación de una parte de sus habitantes?
- En cuanto al presente: ¿Cuál es el verdadero resto de Israel que permitirá alimentar la esperanza: los que quedaron en Judá o los desterrados en Babilonia?
- Mirando al futuro: ¿Qué nos puede pasar de ahora en adelante o qué podemos esperar?

LAS VOCES DE DIOS EN EL EXILIO DE JUDÁ

Quienes se han atrevido, en nombre de Dios, a dar respuesta a estas acuciantes preguntas son los profetas, en particular Jeremías, Ezequiel y el Segundo Isaías. Ellos fueron los guías del pueblo en esta

situación de crisis terminal. Junto a ellos debemos tener en cuenta a otros grupos de escritores inspirados que permanecen anónimos y que volcaron su reflexión en las Lamentaciones, en algunos Salmos, en el Deuteronomio, en la Historia deuteronomista y en los escritos de la tradición Sacerdotal (P).

Justamente porque su intención fue revelar a sus contemporáneos la acción salvífica de Dios oculta en los acontecimientos históricos, bien podría caberles a todos ellos también el título de profetas. Para esta tarea se valieron de las tradiciones del pasado a la luz de las cuales interpretaron el presente del pueblo; pero sin quedar prisioneros de unos esquemas que no daban esperanzas de vida, sino abriéndose a la novedad permanente de la acción de Dios en la historia.

a) Lamentaciones y Salmos

Aquellos que conservaron la fe después de la catástrofe se acercaron a Dios con su crisis a cuestas y les brotó espontáneo el lamento. Esta forma de oración la encontramos plasmada justamente en las cinco Lamentaciones. Los estudios críticos, en general, consideran que estos cantos litúrgicos fueron compuestos poco después de la catástrofe por quienes quedaron en Jerusalén y que expresan vivamente el dolor del alma de Israel en esa situación.

En cuanto al mensaje teológico, encontramos en las Lamentaciones el trazado de un verdadero camino espiritual que va de la desesperación a la es-

peranza. Se parte de una situación que se acepta en todo su dramatismo y ante la cual no hay otra verbalización posible que el lamento. El pueblo necesitaba primero descargar toda su angustia y su enojo ante Dios. Superado este momento, y siguiendo el único camino válido, que es el de la verdad, se le invita a reconocer la propia responsabilidad en lo sucedido, a asumir la propia culpa. Una vez logrado esto, es posible, mirando solo a Dios y su bondad, abrirse tenuemente a la esperanza.

De esta época sería el Salmo 74, que se lamenta por la desaparición de los signos habituales de la alianza y de la elección de Israel por parte de Yahvé (cf. Sal 74,9:

«No vemos nuestras enseñanzas, no existen ya profetas ni nadie entre nosotros que sepa hasta cuándo»). También el salmo 79, que recoge la burla permanente de los vencedores, que le preguntan a los israelitas deportados: «¿Dónde está ahora tu Dios?» (cf. Sal 79,1.10). Lo mismo aparece como un fuerte lamento, hasta las lágrimas, en Sal 42,4.11.

La oración como camino para ayudar a asumir la culpa y pedir perdón a Dios fue muy transitado por la tradición bíblica. En lo referente al exilio, la senda abierta por las Lamentaciones y algunos salmos fue continuada por Baruc (1,15-3,8), Neh 9 y Dn 9.

b) El Deuteronomio y la Historia deuteronomista

La investigación exegética sobre el Deuteronomio no ha llegado aún a conclusiones definitivas sobre

*Quienes
se han atrevido, en nombre
de Dios, a dar respuesta a estas
acuciantes preguntas son
los profetas, en particular Jeremías,
Ezequiel y el Segundo Isaías.
Ellos fueron los guías
del pueblo en esta situación
de crisis terminal*

la datación, la autoría y la proveniencia de este libro. Pero hay consenso en reconocer que el libro del Deuteronomio, detrás de su aspecto unitario en su estado actual, presenta signos de una larga historia y de diversas intervenciones redaccionales. Y también hay cierto consenso en admitir tres etapas principales en el proceso de formación del libro. Justamente, la tercera etapa tendría lugar después de la caída de Judá y de la deportación de Jerusalén, durante el período del exilio, cuando el resto de Israel se dedicó a repensar su fe y a recoger y reelaborar sus tradiciones. Esta sería la última fase de la composición de Dt, que sufre ciertos retoques en su cuerpo legal y al cual se le añaden una introducción general (caps. 1-4) y una conclusión (caps. 29-34).

En cuanto a la Historia deuteronomista, fue M. Noth (1942) quien, después de un detallado estudio, concluyó afirmando que el corpus Dt-2 Re representa el intento de un autor o un grupo de autores de escribir la historia de Israel desde Moisés hasta el exilio, y de interpretar esta historia teológicamente. Esta obra fue bautizada con el nombre de *Historia deuteronomista* (HDta) y cubre un período de casi setecientos años. M. Noth coloca la composición de la HDta en Palestina, más concretamente en Mispá, hacia el año 550 a.C.

En la actualidad, una gran parte de los biblistas acepta que durante los años del destierro fue cuando se terminó de redactar la HDta, precedida por la gran introducción histórico-teológica del Deuteronomio. Entre la clase alta desterrada en Babilonia se encontraban muchos sacerdotes y escribas, que habrían conseguido salvar del incendio de Jerusalén numerosos documentos. A partir de ellos se intentó explicar el pasado y hablar del futuro (J. L. Sicre).

La respuesta del Deuteronomio a la primera pregunta, al porqué de la catástrofe, es casi un estereotipo: «por haber abandonado a Yahvé para irse tras otros dioses y no haber observado la alianza; por no haber escuchado la voz de Dios (cf. 29,23-27)».

Dios no ha hecho más que cumplir con las cláusulas del pacto sinaítico, que estipulaban claramente lo que le sucedería a Israel si se apartaba de su Dios (cf. Dt 4,25-28; 28,36-68). Por tanto, el exilio es ante todo un castigo divino, el castigo de Dios por el pecado de su pueblo (cf. Dt 8,11-20). Ahora bien, este exilio, paradójicamente, será un lugar y un momento privilegiado para buscar y encontrar al Dios de los padres, pues en la misericordia de Dios está la única esperanza de salvación para Israel en el destierro (cf. Dt 4,27-31).

En cuanto a la Historia deuteronomista, debemos recordar que no es tanto una descripción de los sucesos o eventos cuanto una interpretación teológica de los acontecimientos históricos. Pues bien, la HDta refleja la misma lectura teológica de la crisis que el libro del Deuteronomio. Aún más, ella misma es, en cierto modo, un intento de verificación histórica de esta teología, hasta el punto de ser considerada «una sola y larga confesión de pecado» (R. Albertz).

Así, esta particular visión de la historia nos dice que Yahvé sacó a Israel de la tierra que le había dado, porque su permanencia allí estaba condicionada a la observancia de los mandamientos (cf. 2 Re 17,19-20; 21,7-15; 22,16-17). Judá desobedeció y por ello perdió la tierra, y ahora vive en el destierro.

c) La literatura profética

• *Recepción de los profetas preexílicos.* A la hora de buscar una respuesta durante el exilio a «¿por qué

nos sucedió esto?», la memoria colectiva recurrió en primer lugar a los profetas preexílicos. Ellos fueron los que anunciaron que la deportación y el exilio podían suceder si Israel no se convertía, si no se volvía a Dios abandonando a los ídolos. Una vez que todo sucedió, recordaron especialmente que Amós, Oseas, Miqueas y Sofonías lo habían ya anunciado, los dos primeros para el reino del Norte y los dos últimos para el reino del Sur. Y el cumplimiento de lo anunciado fue y será siempre el criterio de veracidad de un profeta. Estos profetas, rechazados en su momento, ahora son valorados por haber dicho la verdad. Por tanto, durante el exilio se fueron recogiendo las tradiciones de los oráculos de estos profetas y se fueron formando los libros proféticos. En prácticamente todos ellos encontramos claros indicios redaccionales de la época del exilio, en especial los oráculos de salvación futura que se les añadieron. Esta reelaboración redaccional responde a lo que ha dado en llamarse «esquema o mentalidad escatológica», por cuanto anuncian la salvación futura de Israel como realización de las promesas divinas.

La estructura y forma definitiva de los libros de los profetas preexílicos responde justamente a esta teología escatológica, que no existía en el preexilio y que busca, ante todo, mantener la fe en Dios en medio de un ambiente hostil, no solo conservando las palabras del pasado, sino actualizándolas y aplicándolas a la situación del pueblo en un determinado momento histórico. Incluso algunos

estudiosos sostienen que se formó un verdadero «cuerpo profético» con cuatro de ellos: Amós, Oseas, Miqueas y Sofonías. De hecho, si uno analiza las introducciones y la estructura de estos libros proféticos, encontrará similitudes que autorizan a pensar en una edición conjunta de los mismos en tiempos del exilio y en el reino del Sur.

En una situación mucho más conjetural, es posible encontrar indicios de reelaboración durante el exilio en los libros de Habacuc y Nahún. Es decir, la labor redaccional en el exilio ha dejado su impronta en estos libros, que han visto su edición final con probabilidad en el posexilio, en un ambiente litúrgico en torno al templo de Jerusalén.

• *Jeremías*. El profeta Jeremías es considerado el primer maestro de la *golá* –destierro–, aunque su predicación comenzó mucho antes de la caída de Jerusalén; la cual, a pesar de todo lo que dijo e hizo, no pudo evitar. Fue testigo de la primera deportación y de la misma caída y destrucción de Jerusalén. Ahora, centrándonos en el libro profético, vemos que contiene no solamente palabras del profeta, sino también parte de su historia contada por un tercero, e incluso historia de su pueblo Israel. Por tanto, el libro no fue escrito de corrido, sino paulatinamente. Pero sobre su proceso de composición y las distintas etapas de su redacción hay demasiadas propuestas. J. L. Sicre, después de presentar varias opiniones exactamente opuestas, se resigna diciendo: «Desde luego, parece más sensato no querer concretar demasiado».

*Durante el exilio
se fueron recogiendo
las tradiciones de los oráculos
de los profetas preexílicos
y se fueron formando
los libros proféticos*

Aceptado esto, se suelen identificar tres redacciones deuteronomistas de Jeremías; y todas en tiempos del exilio en Babilonia.

En cuanto a su mensaje, de modo muy sintético podemos decir que, para Jeremías, al igual que para la escuela deuteronomista, el exilio fue para Israel una suma de grandes pérdidas: perdió la libertad, la autonomía nacional, el rey, el templo, la ciudad santa, la tierra. Pero sobre todo perdió a su Dios; y esto es lo primero que debe buscar y encontrar si quiere recuperar todo lo demás. Luego Jeremías va a precisar que el término de esta búsqueda es diferente de lo que quedó atrás y ya no puede volver. Se trata de un encuentro nuevo y más personal con Dios, que se sellará con una nueva alianza (Jr 30-33). Siguiendo a W. Brueggemann, podemos decir que Jeremías le pide al pueblo dos acciones: renunciar y recibir. Saber renunciar al antiguo mundo –cultura, sociedad, tradiciones–, herido de muerte por el pecado. Saber recibir la novedad de un nuevo mundo de valores que Dios reconstruirá más allá de lo calculable o previsible. Se trata de esperar con fe en Yahvé.

- *Ezequiel*. El libro de Ezequiel es el segundo gran texto profético originado en el exilio, y su composición parece haber sido mucho más unificada que la del libro de Jeremías. De hecho, a diferencia de este último, todo el libro está escrito en primera persona.

Entre los estudiosos hay amplia coincidencia, al abordar el libro de Ezequiel, en que la caída de Jerusalén marca un rumbo nuevo en la predicación del profeta. Y sobre su redacción final se prefiere datarla a finales del exilio, cuando las expectativas de liberación despertadas por las campañas de Ciro ya estarían presentes.

El anuncio de Ezequiel es que Jerusalén será destruida a causa de su pecado (cf. Ez 9,9-11); caerá sobre ella el implacable juicio de Yahvé (cf. Ez 11,1-12). En cambio, los desterrados reciben de Yahvé la promesa de volver a la tierra; pero no se trata en absoluto de una mera restauración, pues lo que Ezequiel anuncia a la casa de Israel es el don de un «corazón nuevo» y un «espíritu nuevo» (cf. Ez 11,16-20; 18,31; 36,24-28).

También la profecía de Ezequiel sostiene con claridad que la restauración solo vendrá «a través» del juicio; pero con el énfasis puesto ya en la novedad por venir.

En este contexto, es fuerte la constatación de que el antiguo Israel ha muerto, simbolizándose con un cementerio de huesos secos (cf. Ez 37), y que el futuro Israel será una «nueva creación» obrada por el Espíritu del Señor y no una «repetición» de lo pasado.

Con la certeza en esta acción de Yahvé en favor de su pueblo, Ezequiel se dedica a proyectar el Israel del futuro. En los capítulos 40-48 diseña mentalmente el templo, el culto, el Gobierno, la administración. Sin duda, es el gran arquitecto de la reconstrucción de Israel.

- *Deuterocisías*. A diferencia de Jeremías y de Ezequiel, nos encontramos aquí no con un libro completo, sino con una sección dentro del libro del profeta Isaías. En efecto, hay acuerdo entre los críticos desde hace tiempo en atribuir la sección de Is 40-55 a un profeta distinto de Is 1-39 y que predicó en la segunda mitad del exilio.

Hoy en día se sigue sosteniendo que esta profecía es originaria de tiempos del exilio, hacia el final; pero ha sido cuestionada la hipótesis del profeta anónimo y se la ha querido reemplazar por la

labor redaccional de un grupo o escuela isaiana. Algunos estudiosos (U. Berges y J. Blunda) han intentado precisar más, sosteniendo que detrás de la obra literaria representada por el Dt-Is hay un grupo relacionado con las tradiciones culturales del templo de Jerusalén. Es decir, al menos en alguna etapa de su historia redaccional, el Dt-Is fue un texto leído en liturgias locales de pequeñas comunidades en Jerusalén, y quizá en otras aldeas de Judea, con el propósito de ayudar al pueblo, nuevamente reunido de entre las naciones, a descubrir su identidad y asumir su misión.

Para otros (Jürgen Werlitz), los responsables de Is 40-55 serían algunos regresados del exilio vinculados a los cantores del templo en los años 530-520 a.C.

También, a diferencia de los demás profetas del exilio, el libro del Deuteroisaías proclama desde el inicio la intervención de Dios, que provocará la venida de una nueva época de salvación, e invita al gozo y al júbilo por ello (cf. Is 40,1-3).

Desde esta perspectiva de la inminente salvación, el tiempo del exilio es visto como una purificación, como un crisol donde el pueblo, como la plata, se depuró (cf. Is 48,9-10). Este profeta anuncia el cumplimiento de lo que se había predicho: al fin llegó el tiempo en que Yahvé se deja encontrar por el que lo busca y le ofrece su perdón (cf. Is 55,6-7).

Así como antes Nabuconodosor fue el instrumento de castigo para Jerusalén del que se valió Yahvé (cf. Jr 25,9; 27,6), ahora se presenta a Ciro como el

ungido y el instrumento en manos de Yahvé para liberar a su pueblo (cf. Is 41,2; 44,28; 45,1-4; 48,12-15). Esta salvación de Dios tiene el signo de la novedad: una nueva creación (cf. 48,7), un nuevo éxodo (cf. 43,16-21) y un nuevo comienzo (cf. 42,10-14; 45,18-22; 51,12; 54,10; 55,3). Pero, justamente por lo novedoso, resultaba difícil de creer. A pesar de lo hermoso del mensaje (cf. 52,7), no le resultó fácil al profeta su misión, porque el pueblo, herrumbrado por tantos años de exilio, donde se había sentido olvidado y hasta traicionado por Dios (cf. 40,27; 49,14-16; 50,1-3), se resiste ahora a aceptar la novedad del perdón divino e incluso pide señales para creer.

Es posible que los israelitas, para entonces, hubieran perdido la conciencia de ser exiliados. Sabemos que, con el tiempo, los judíos en cierta forma se acomodaron a la vida en Babilonia, hasta el punto de que muchos permanecieron allí a pesar de la campaña «sionista». Aquí descubrimos que el exilio no es un simple hecho geográfico, sino una decisión teológica. Supone sentirse extraños, no pertenecientes a un mundo de valores hostiles a la propia fe. Y este sentimiento solo pueden experimentarlo quienes han llegado con su fe a convicciones profundas y a una coherencia de vida, y deciden permanecer fieles.

Para fundamentar su anuncio y disipar las dudas y temores del pueblo, el profeta invita a considerar a Yahvé como Creador y Redentor, de modo que su poder creador da razón de la eficacia de su ac-

Algunos estudiosos sostienen que detrás de la obra literaria representada por el Deuteroisaías hay un grupo relacionado con las tradiciones culturales del templo de Jerusalén

ción redentora en la historia (cf. 41,20; 43,1-7.15; 44,2.21; 48,7). Privilegia estos títulos divinos porque son los que le permiten hacer una lectura teológica de la historia que fundamente la esperanza en una salvación nueva para Israel y, al mismo tiempo, que incluya la suerte de las demás naciones.

Por tanto, si bien hay continuidad con tradiciones teológicas como las del éxodo o la guía por el desierto, estas son reelaboradas en función de la nueva situación histórica. La novedad de la predicación del Segundo Isaías es fruto de la interacción entre memoria y dolor. La memoria recupera el sentido del pasado, con sus textos y tradiciones; el dolor impide olvidar el presente, que debe ser comprendido a partir del pasado, pero dando a luz algo nuevo, significativo para el futuro de los exiliados.

A modo de síntesis pensamos que la no fácil misión de este profeta fue la de convencer a un pueblo decepcionado que Dios puede obrar más allá de sus posibilidades y de sus méritos.

d) La escuela sacerdotal

En este período, los sacerdotes, aunque no ejercen su oficio cultural, podemos suponer que realizan una intensa labor: reúnen los antiguos rituales y los purifican y completan; ponen a punto las futuras instituciones; dan redacción final a códigos legales como el de Santidad (Lv 17-26; cf. 26,27-45) y el Sacerdotal (Ex 25-31; 35-40), y

escriben la llamada «historia sacerdotal» (Gn 1; 6-9; 11).

Uno de sus principales aportes teológicos de la tradición sacerdotal es reformular el tema de la alianza. Para Jeremías y el Deuteronomio es claro que Israel está desterrado por haber violado la alianza sinaítica.

Entonces el Sacerdotal va a insistir en la alianza de Dios con Abrahán (Gn 17), *alianza eterna* y, por tanto, todavía vigente; *alianza incondicional* y, por tanto, no cancelada por el pecado del pueblo. De esta manera puede alentar al Israel del destierro a seguir confiando en Dios a la espera de volver a la tierra (cf. Lv 26,42-45).

La tradición sacerdotal coincide con Jeremías y Ezequiel al afirmar que la raíz de todas las crisis está en el interior del hombre: es su corazón perverso el que lo lleva a apartarse de Yahvé. Pero, en cuanto a la esperanza futura, hay una diferencia con el mensaje de estos profetas. El autor sacerdotal no espera un cambio en el corazón de los hombres, sino que confía solo en Dios y en la eficacia del culto. Esto lo vemos en el relato del diluvio (Gn 6-9), que hoy es considerado por muchos estudiosos como un texto sacerdotal (P) originado en el exilio con el añadido de fragmentos posteriores.

Todavía hay consenso en atribuir a la llamada tradición sacerdotal (P) la edición final del Pentateuco o Torá, y que la misma tuvo lugar en el inmediato posexilio, lo cual supuso una gran elaboración del mismo en tiempos del exilio.

La tradición sacerdotal coincide con Jeremías y Ezequiel al afirmar que la raíz de todas las crisis está en el interior del hombre: es su corazón perverso el que lo lleva a apartarse de Yahvé

e) Los relatos patriarcales

Las narraciones contenidas en Gn 12–50 se consideran, en la investigación actual, como escritas en tiempos del exilio. En efecto, si partimos de la estructura de estos relatos, vemos que dejan en el centro, lugar clave, el ciclo de Jacob, que narra su exilio en Mesopotamia y su regreso a la tierra. Este dato literario insinúa que la situación de Israel en el momento en que se compilaron estos relatos era el exilio en Babilonia y, por ello, el mensaje de estos ciclos, en sentido global, sería una invitación a regresar a la tierra (J. Blenkinsopp).

En apoyo de esta hipótesis tenemos el tema de la tierra, que es un eje fundamental en la trama de los relatos patriarcales. El relato comienza en Mesopotamia con la orden de ir a la tierra (Gn 12,1) y termina en Egipto con la promesa de volver a ella (Gn 50,24). Ahora bien, al comienzo, en medio y al fin del relato patriarcal los protagonistas se encuentran fuera de la tierra; es decir, en la misma situación de los lectores del texto.

R. Albertz también afirma que fue durante el exilio, al perderse la organización de Israel como Estado, cuando cobra gran importancia la familia como institución base y, por ello, la referencia a los patriarcas y a sus familias como modelo a seguir. A esto hay que sumarle el deseo de los exiliados por volver a la tierra de Israel y por restablecer su relación con Dios, que llevó a una importante reelaboración de las narraciones patriarcales en el período del exilio.

La importancia de los antepasados en el período del exilio se confirma por la referencia a los mismos en varios textos proféticos de esta época, donde aparecen por primera vez (cf. Is 41,8–9; 51,1–2; 63,16; Ez 33,24; 28,25; 37,25).

f) Literatura apocalíptica

Hoy existe consenso entre los estudiosos en considerar la apocalíptica como una literatura de confrontación o separación, o, mejor aún, de marginación. No se considera imprescindible ya una situación de persecución militar, aunque esta pueda favorecer mucho el surgimiento de un pensamiento apocalíptico. Es suficiente con que un grupo se margine ideológicamente para generar una literatura contracultural, como es la apocalíptica. Un ambiente hostil favorece el surgimiento de esta literatura en la clandestinidad y con un lenguaje codificado; lo cual coincide con la situación del exilio.

La intención de la apocalíptica es favorecer una resistencia pasiva ante una cultura considerada como opresora.

Su interés no es promover el enfrentamiento armado, sino sostener la fe y consolar a los que sufren la persecución ideológica, alimentando la esperanza en una intervención de Dios que pondrá fin a esta historia de pecado y dará origen a un mundo nuevo, un nuevo «eón».

De todo esto se deduce que, si bien no es tan sencillo localizar históricamente los textos apocalípticos, podemos muy bien sostener con G. Aranda que

*La terrible
experiencia de la destrucción
de Jerusalén y el consiguiente
exilio están en la raíz
del pensamiento apocalíptico*

la terrible experiencia de la destrucción de Jerusalén y el consiguiente exilio están en la raíz del pensamiento apocalíptico.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Conviene no perder de vista que nos movemos siempre en un plano hipotético en nuestro intento de localizar en el espacio y en el tiempo la literatura bíblica. Supuesto esto, es muy cierto que los «exilios», a lo largo de la historia de los hombres, han sido siempre momentos de mucha fecundidad literaria. Entre las muchas razones para esto consideramos de mayor peso la necesidad de no perder la propia identidad en un mundo extraño y a veces hostil. De ahí el recurso a la memoria colectiva, donde se encuentran los elementos esenciales de la identidad de un pueblo.

En función de todo esto podemos afirmar que el destierro fue el tiempo de las reediciones. En concreto, podemos sostener que, en este período de la historia de Israel, fueron reeditadas las tradiciones

del Pentateuco y las predicaciones de los profetas preexílicos. También podemos sostener que la caída de Jerusalén, junto con el destierro de Babilonia, es el punto focal de la obra deuteronomista, tal como la tenemos actualmente. Desde aquí escribe su último redactor y aquí debe colocarse asimismo el lector si quiere descubrir las líneas maestras de la obra, situando los acontecimientos en su justa perspectiva (González Lamadrid).

Con mucha mayor certeza ubicamos en el período del exilio los escritos proféticos atribuidos a Jeremías, Ezequiel y el Deuteroisaias, sin poder precisar más sobre las posibles reelaboraciones y el momento de su edición final.

En los últimos tiempos ha cobrado fuerza la hipótesis del exilio como matriz o lugar de origen de una corriente de pensamiento que más tarde cristalizó en la literatura apocalíptica.

En fin, más allá de las hipótesis, podemos sostener con certeza que todos estos escritos tienen la impronta del exilio y se comprenden mejor si se los lee desde esta perspectiva. ●